

15/09/2015 Periódico



### **Mejor inocencia que aduldez prematura**

La televisión suele repetir un excelente slogan: de los adultos depende la niñez, pero de su niñez depende lo que hagan como adultos. No apuremos a los más pequeños a crecer, dejemos que lleguen en el tiempo preciso

**Arlenis Duarte Diego** [arlenis@artemisa.cip.cu](mailto:arlenis@artemisa.cip.cu)

Tal vez fue que nací en una época diferente y me cuesta adaptarme a las realidades contemporáneas. Quizás tenga patrones distintos para analizar determinados fenómenos, por la educación que recibí. O, sencillamente, todo se relaciona con la niñez de la cual disfruté.

Mi generación creció guiada por la melodía y letras de Teresita Fernández, Liuba María Hevia, Kiki Corona y muchos otros que pusieron en alto la canción infantil cubana. Si un género es envidiable en nuestra música es el dedicado a los más pequeños. Todavía recuerdo a algunas compañeritas bailando al ritmo de Chivirico, y a otras tantas cantando Mariposa, Vinagrero, o “a las cosas que son feas...”

Por supuesto, cuando el momento lo exigía, las voces infantiles y los pequeños cuerpecitos se engalanaban para estar a tono con El Mayor, Venga la Esperanza o Revolución.

Cualquier evento escolar era oportuno para un sinfín de letras de este tipo, y jugábamos, nos divertíamos, nos sentíamos felices... sobre todo porque los adultos respetaban nuestra niñez y nos dejaban vestir como niños, andar como niños, actuar como niños.

Los papás de mi época compraban batas para las niñas y shorts para los varones. Con el sello de la inocencia nos uníamos en juegos como el pon, el voleibol... y a la hora de los muñequitos y las aventuras había silencio en el barrio. Después salíamos a ser María Silvia, una princesa, una india o los pequeños fugitivos.

A todos en casa les interesaba mantener intacta aquella sonrisa infantil. Y los maestros nos hacían soñar con Meñique, Caperucita y tantos amigos de Había una vez. Quizás por eso no logro adaptarme a lo que veo a diario. No puedo entender que un instructor de arte mal arregle a las niñas como si fueran bailarinas de Tropicana, y las ponga delante de un teatro con una coreografía de reguetón o de un intérprete extranjero.

Tampoco comprendo que los pequeños solo sepan tararear canciones de adultos. Lo peor es el triste espectáculo de padres que visten a sus hijos como personas mayores.

Me gusta Martí, me gusta La Edad de Oro, y no fue eso lo que el Apóstol escribió. Era necesario que los niños y las niñas tuvieran el mismo derecho, pudieran estudiar y conocer el mundo para que nadie los engañara y fueran hombres y mujeres de bien, pues ellos son la esperanza del mundo. Los niños deben aprender, por supuesto, pero no debe violarse la inocencia.

¡Qué bueno sería que padres, maestros e instructores de arte entendieran el sentido de esta crítica! ¿Cómo estar de acuerdo con malas costumbres que corrompen principios? Prefiero intentar cambiar tan triste realidad: volver al Vendedor de asombros, al Mundo loquicuento, a Dame la mano y danzaremos. Más que una utopía o una decisión anacrónica debería ser una meta para formar mejores humanos.

La televisión suele repetir un excelente slogan: de los adultos depende la niñez, pero de su niñez depende lo que hagan como adultos. No apuremos a los más pequeños a crecer, dejemos que lleguen en el tiempo preciso. Un buen fruto es resultado de un largo proceso.